

JOSÉ FERRATER MORA, *Unamuno, bosquejo de una filosofía*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1957; 141 pp.

Este libro es refundición del conocido estudio de Ferrater Mora sobre el pensamiento de Unamuno, publicado en 1944. El autor ha conservado —además del título— el orden de los cinco capítulos originales, pero los ha escrito de nuevo y ha agregado dos más, importantísimos: “La idea de la ficción” y “La idea de la realidad”. Seguramente el propio don Miguel —que siempre vio con recelo a los unamunistas— se habría entusiasmado con el presente ensayo. Subrayemos lo de *ensayo*: Ferrater no se limita al análisis crítico, sino que toma a Unamuno como punto de partida para comentar problemas filosóficos muy complejos. En el prefacio de 1944 lo veía como representante de una de las “tres actitudes fundamentales del espíritu de Occidente”; Unamuno —decía entonces— representa el momento del “alma”; d’Ors, el de la “forma”; y Ortega, el de la “conciencia”. Ahora Unamuno, el alma, la más sustanciosa de las tres mentalidades españolas, merece una segunda interpretación. Voz y sensibilidad del siglo, Unamuno somete las formas literarias al “momento del alma”; humaniza a la filosofía; es culminación espiritual para el que lee y punto de arranque para el que escribe: *excitator* no sólo para españoles, como decía Curtius, sino para todos.

Ferrater contesta en el nuevo prefacio a dos críticas básicas que se hicieron contra su obra en la primera versión: que “tenía un carácter excesivamente apologético”, y que “acentuaba demasiado el irracionalismo de Unamuno”. Si por “apologético” se entiende “el designio de situarse dentro del pensamiento de un autor para desentrañar sus actitudes e intuiciones fundamentales en vez de polemizar contra ellas”, Ferrater se declara de acuerdo, pues justamente ha querido medir la obra unamuniana en un “esfuerzo de interiorización”, de “medición con su propia medida”, y no “con patrones ajenos”. A la segunda objeción replica que su obra está fincada en la convicción de que Unamuno insistió tanto en la razón como en lo irracional, y que su originalidad se debe en gran parte al vaivén dialéctico de los dos elementos.

Ferrater inicia su bosquejo de la filosofía de Unamuno con un bosquejo de su vida. Ésta “será siempre un secreto”, pero el secreto, el denso “silencio de su vida privada e interior”, contiene la raíz de sus actos más conocidos y también de los más legendarios. A pesar de su evidente sinceridad, de la unidad de su pensamiento en filosofía y en política, de la concordancia entre el monólogo cotidiano y el monólogo literario, Unamuno *no* se entrega totalmente en su actuación pública (p. 17). El título del ensayo *¡Adentro!* es o debería ser la clave para toda investigación de su vida y obra. En su constante descubrimiento de “lo permanente por debajo de lo fugaz”, dice Ferrater, Unamuno plantea el problema de la personalidad íntima, viendo cómo Don Quijote sustituye a Alonso Quijano y cómo “el sueño ya no es obstáculo, sino que puede convertirse en la propia substancia de la existencia”. Baroja acusaba a Unamuno de no haber sacado ningún fruto de sus viajes por Europa, a causa de su ceguera y su terrible intransigencia¹; Ferrater ve en esa

¹ Unamuno, según la leyenda, dijo al contemplar el panorama de París: “Gredos, Gredos”. Y lo dijo, al parecer de Juan Marichal, “almost with an incantatory pur-

"ceguera" una especie de defensa que Unamuno erigía contra las interrupciones de su vida meditativa, y concluye: "como en muchas otras ocasiones, una cierta falta de objetividad puede ser la prenda que hay que dar para conseguir una distinta, y más penetrante, objetividad" (p. 29).

El segundo capítulo empieza con reflexiones sobre "nuestro particular y concreto existir" y sobre la rebelión de Unamuno contra la "tiranía de las ideas". Ferrater, muy orteguianamente, declara que no existen *el espíritu ni la vida* en el sentido genérico; dice, y con mucha razón, que Unamuno se preocupa por cada uno de los hombres y por "el producto humano de cada filósofo", y no por el sistema o teoría que puedan representar. La "ideofagia" de Unamuno (p. 38) lo lleva a extirpar toda posibilidad de perdición en lo abstracto. Seguramente en esta actitud existencial llegan a un acuerdo básico Ortega y Unamuno. Pero, a pesar de su visible entusiasmo por el punto de vista orteguiano, Ferrater reconoce con entera justicia la originalidad de Unamuno. Ésta, dice, consiste especialmente en la *indefinición* básica de su pensamiento:

El mundo de Unamuno, agitado por el "principio" de la guerra civil permanente y de la lucha incesante, desconoce toda armonía última, la cual sería equivalente a la muerte (p. 46).

Los escritos de Unamuno dan la impresión de que podrían continuar indefinidamente. En cualquiera de ellos se encuentra ese "cabo suelto" que permite al lector lo que el autor había sin duda ambicionado: emprender el camino por su cuenta, menos para seguir el hilo de unas reflexiones que para reanudar el dramatismo de un diálogo (p. 108).

Unamuno se niega a ser aniquilado, y por eso se rebela sin tregua contra la consunción a la cual le condenaría... el triunfo exclusivo de la razón (p. 41).

Por otra parte, Unamuno mismo dijo que "la razón tiene sus exigencias, tan imperiosas como las de la vida" (p. 45). Y por último, como para dejar inconclusa su idea del ser humano, nada más inclasificable e indefinido, para él, que *el hombre de carne y hueso*:

El hombre de carne y hueso, que parecía un ser bien delimitable, es, pues, constitutivamente una realidad indeterminada, bulle de contradicciones y confusiones, pues tan pronto ha afirmado su realidad concreta y material ha comenzado a perseguir lo imposible (p. 48).

Ni Dios se halla exento de indefinición; también Él está "en la lucha", en íntima relación con el hombre:

Sufro yo a tu costa,
Dios no existente, pues si Tú existieras
existiría yo también de veras.

También Dios vive en tensión continua entre presencia y ausencia; se afirma y se niega; no es causa del efecto que somos cada uno; es ideal de la humanidad que nosotros proyectamos. Pero lo esencial de Dios no está sólo en la "proyección", sino también, dice Ferrater, en ser "la

pose... behaving as a transcendentalist who opposes to the temptations of man-made history the God-made sierra". ("Some intellectual consequences of the Spanish Civil War", *Texas Quarterly*, Spring, 1961, p. 41).

Gran Persona que sale de esta proyección y se afirma encima de ella y contra ella" (p. 57). En su interesante capítulo sobre la idea unamuniana de la ficción, Ferrater identifica ficción y realidad como los dos componentes de un solo ser (dos componentes que también lo son del Dios de Unamuno, el Dios *creado* más que creído), y este extraño e indefinido ser debe verse "desde el punto de vista de la creación" (p. 113). "De soñador a soñado" es el orden que Unamuno aplica a Dios y lo creado (p. 51), así como al poeta o novelista y sus criaturas.

Pero si Dios se hace sentir tanto por ausente como por presente, si a la vez que sueña es soñado, no cabe concebirlo como causa o principio. Dios también ha de padecer la tragedia de la vida, y si su vivir es *real*, es —"al igual que el de toda realidad— un luchar para ser" (p. 59). Dios no puede ser "abstracto", porque es inseparable de nosotros y del mundo.

Todo esto se aclara más en el tercer capítulo, donde Ferrater habla de la inmortalidad y la idea de la historia. El alma, cada alma, es la fuente de todo. "El alma es al comienzo la única realidad dinámica que se destaca sobre el fondo estático del universo" (p. 65). Pero el alma busca su camino. Al igual que Dios, que el hombre, que una realidad cualquiera, la vida se hace, se vive, y perdura por la muerte. Vida es "deshacimiento incesante", y el hombre muere a cada momento "para resucitar al punto". De ahí lo que Ferrater llama una "contraposición" entre el hambre de inmortalidad y un imborrable sentimiento de mortalidad (p. 68). Para Ferrater, la lucha entre vida y muerte en Unamuno es una "perpetua contradicción", pero más bien creemos que Unamuno persistía en considerar la vida y la muerte como elementos inseparables, complementarios, de la existencia. Es verdad que el hambre de vida y el sentimiento de muerte se oponen, pero son, en conjunto, ingredientes indispensables de toda existencia humana. La noción de conjunto, de vida y muerte como caras complementarias, se afirma sin lugar a dudas en el pasaje unamuniano citado por el mismo Ferrater: "Una vida sin muerte alguna en ella, sin deshacimiento incesante, no sería más que perpetua muerte, reposo de piedra. Los que no mueren, no viven; no viven los que no mueren a cada instante para resucitar al punto, y los que no dudan no creen" (pp. 69-70). Y recordemos también la hermosa reflexión de Unamuno sobre la eternidad y el tiempo: "Acaso la eternidad es la sustancia del tiempo, como el mar es la sustancia de las olas, y de la misma manera la libertad es la sustancia de nuestras esclavitudes todas" (*Ensayos*, Madrid, 1951, t. 2, p. 547).

Delineando las tres "intuiciones históricas" que considera fuentes de las grandes culturas (la oriental, que es vuelta al pasado; la griega, que es continua renovación; la cristiana, que es la noción del carácter dramático e irrevocable de todo acontecimiento), Ferrater define la idea unamuniana de la historia como "recapitulación y al mismo tiempo oposición" de esas intuiciones. La *intrahistoria* no es sólo interiorización, sino también plenitud (p. 80). Las experiencias contemplativas de *Paz en la guerra* y de *San Manuel Bueno, mártir* equivalen a retiro y abandono, vida pasiva. Pero —y esto es lo más importante para Ferrater— tales experiencias descubren al personaje la *plenitud* de la historia en el momento vital que ofrece una visión de la eternidad.

"La idea de la ficción" es el primero de los dos capítulos que ha

añadido Ferrater. En los últimos tiempos se habla mucho de Unamuno novelista. Antes, se insistía más en el romanticismo del sentimiento trágico y en el sentido poético de la lucha del hombre contra la muerte; Unamuno era, ante todo, poeta. Ahora, sin pretender disminuir su calidad de poeta, se habla más de su teoría y práctica de la novela, y esto no por mera curiosidad de saber cómo entendía Unamuno los géneros literarios, sino porque se quiere ver cómo la novela le dio un medio de representar con mayor claridad "la realidad íntima, la realidad real" del hombre. La novela unamuniana, nos dice Ferrater, interesa por la idea del *sueño como creación* (p. 113). En la teoría, y aún más en la práctica de la novela, Unamuno borra "las huellas de toda línea divisoria entre lo material y lo espiritual" (p. 115), y lo hace destruyendo la compleja exterioridad que constituye el ambiente de la novela tradicional. En armonía con su concepción de Dios y del hombre de carne y hueso (después de todo, el hombre de carne y hueso es entidad novelística), Unamuno convierte al protagonista de cada libro en una criatura de sueño, cuyo papel es siempre, en una forma u otra, la lucha por ser y existir. El ejemplo más dramático de esa lucha es acaso Augusto Pérez (*Niebla*), el personaje en quien mejor se equilibran el elemento autónomo y el elemento imaginario o ficticio. De todas las formas o géneros, es la novela la que mejor expresa la actividad creadora; es la novela ("la novela por antonomasia", como dice Ferrater) donde mejor se plantea el problema de los confines de la existencia. Para Unamuno, la novela no es simplemente un recurso metafórico del filósofo; es nada menos que una forma de ser y existir humanamente. Con gran acierto observa Ferrater que "la novela por antonomasia" ya se había hecho tradición en España, con Cervantes y con Galdós (p. 117). Basta recordar el problema de la ficción desarrollado con tanta destreza en *Misericordia*: la larga, casi simétrica fusión entre el Don Romualdo soñado y el "real". El mismo problema resurge en *Niebla*, en el drama *El otro*, y sobre todo en *Cómo se hace una novela*. Pensando en la relación entre el autor y Jugo de la Raza, a quien —como Augusto Pérez, Alejandro Gómez y algunos otros— podríamos llamar "personaje embriónico"², Ferrater dice:

La verdadera literatura es vida, como la verdadera vida es literatura. Esto significa... que la vida se separa de la literatura, y los personajes sedicentes reales de los personajes sedicentes de ficción, solamente cuando se olvida que ambos alientan en el seno de esa "niebla" a la cual se ha referido insistentemente Unamuno y que debe ser interpretada como una manifestación más del fondo común en el cual viven, guerreando y en ansia perpetua de paz, todas las cosas (p. 120).

En suma, la novela de Unamuno sirve para demostrar que el hombre de carne y hueso no es una "expresión" que denote "nada" (p. 121). El hombre de carne y hueso (sin carne, sin hueso, sin biología, sin espíritu) vive a base de pura voluntad. Su "grito" articula "la plenitud del propio ser".

El capítulo final ("La idea de la realidad") confirma esta extraña noción de plenitud. Si en última instancia la historia es *intra-historia*, entonces lo real es lo *intra-real*. Lo real, visto por Unamuno, es ante todo "lo entrañable" (lo inagotable, el "dentro" de las cosas que se revela

² Véase ARMANDO F. ZUBIZARRETA, *Unamuno en su nivola*, Madrid, 1960, pp. 90-101.

“fuera”) (pp. 126-127). Pero luego señala Ferrater cinco rasgos más. Lo real es también “lo grave” (lo “palpable” aplicado a la materia lo mismo que al espíritu). Es, tercero, “lo abrupto” (“el salto” que designa “una manera de constituirse la realidad entera”), o la manera espontánea de revelar el hombre “su modo total de existir”. Cuarto, es “lo contradictorio”, la oposición constante de contrarios (“sin guerra no hay paz posible”). Quinto, es “lo perdurable” (la continuación, “la incesante recuperación”); sexto y último, lo real es “lo que siente, sufre, compadece y desea”, lo activo, lo que reacciona: *la conciencia* (p. 132).

El ensayo de José Ferrater Mora es preciso y lúcido en su análisis y estimulante en su interpretación. Creemos que la dificultad fundamental de su tarea consiste en el hecho de que el hombre que bosqueja (Ferrater) es —en sentido estricto— más filósofo que el hombre bosquejado (Unamuno). Por consiguiente, corre siempre el riesgo de atribuir dimensiones demasiado precisas a lo que es por naturaleza impreciso. Unamuno, que en una de sus poesías más citadas hablaba de “esculpir la niebla”, lleva dentro un engaño latente. El engaño, que con frecuencia es también auto-engaño, consiste en la fuerza abrumadora de ciertas convicciones espontáneas y muy repetidas: de que *serse* uno mismo es “serlo todo”; de que el hombre de carne y hueso es a la vez una forma ideal y una forma concreta de existir; de que sin guerra no hay paz posible. Éstas y otras afirmaciones de Unamuno no llegan a constituir una filosofía, por estar tan a merced del impulso de la voluntad y el sentimiento. Además, muchas veces el estilo predomina sobre el concepto y el engaño es puramente metafórico —por ejemplo la idea de la paz “en el seno” de la guerra misma, donde la metáfora “seno” contradice el verdadero sentido de la expresión. La paz no *está en* el seno de la guerra, sino que *es* en una región imprecisa y separada, “debajo”, “más allá” o “fuera” de la guerra. En la gran mayoría de las circunstancias en que Unamuno yuxtapone estos términos, *paz* es el sustantivo y *guerra* tiene función adjetival.

La admirable definición —de matices kierkegaardianos— que da Ferrater de la poesía: “La poesía es el alma de las cosas. . . , fusión entre las cosas y el hombre, objetivación del hombre al tiempo que subjetivación de la realidad” (p. 105), es una de las mejores claves para comprender la obra de Unamuno. Precisamente porque estamos de acuerdo con ella, discrepamos en parte de la idea de que “el mundo de Unamuno desconoce toda armonía última” (p. 46). En la página siguiente describe Ferrater el constante deseo unamuniano de *detenerse*, el anhelo de “prolongar este dulce momento y dormirse en él y en él eternizarse”. Pues bien, si uno de los elementos básicos de la realidad es la plenitud de sentirse como se quiere ser, plenitud tantas veces gozada por Unamuno, entonces habría que repensar esa tesis del desconocimiento de “toda armonía última”. Por algo escribió don Miguel (en la penúltima página de *Paz en la guerra*) que la guerra es sólo la “forma pasajera” de la paz, que la guerra es a la paz lo que el tiempo a la eternidad, y —culminación suprema de todas las armonías— que “en la paz parecen identificarse la Muerte y la Vida”. No es preciso negar el carácter agonista de su pensamiento, ni la consabida lucha entre corazón y cabeza, para reconocer sus visiones de una paz universal en que al fin todo queda anegado.

El libro termina con un Apéndice en que Ferrater selecciona una parte de la ya voluminosa bibliografía de estudios acerca de Unamuno, y comenta brevemente cada uno de los trabajos que recoge. Como obra de "ensayista" más que de "erudito", no hay notas al pie ni identificación de citas. La reserva que expreso en cuanto a conocimiento o desconocimiento de armonía última en Unamuno deriva, tal vez, de cierta ansia mía de averiguación, del intento de saber hasta qué punto el sentimiento y sentido estético de Unamuno influyen en su filosofía, y hasta qué punto obras concebidas como literatura pueden analizarse en términos filosóficos. El libro más filosófico de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, es ante todo *sentimiento*. En parte, Ferrater Mora satisface aquella inquietud mediante su excelente capítulo sobre la idea de la ficción. Hasta hoy no se ha escrito un libro que intente abarcar la totalidad de Unamuno —vida, sentido estético, moral, religión, filosofía, ideas políticas. Pero éste de Ferrater y el ya clásico de Julián Marias son los dos mejores ensayos generales acerca de su pensamiento.

PETER G. EARLE

Wesleyan University.

ROBERT G. MEAD, JR., *Temas hispanoamericanos: Libertad intelectual, González Prada, Letras mexicanas y argentinas, Valor e historiografía de la literatura hispanoamericana, Mariátegui, Panamericanismo*. Ediciones De Andrea, México, 1959; 159 pp. (Colección *Studium*, 26).

Se reúnen aquí trece artículos y reseñas del profesor Mead, publicados en distintas revistas entre 1952 y 1958. A pesar de la variedad de temas tratados, se notan dos o tres centros de interés que, aunque trabados entre sí, pueden deslindarse: la urgencia de libertad intelectual, la realidad literaria y cultural de Hispanoamérica, la valoración de esa realidad en los Estados Unidos y la responsabilidad del norteamericano en dicha valoración.

La urgencia de libertad intelectual, tema tangencial de casi todos los artículos, constituye el asunto básico del primero, "Meditaciones sobre la libertad intelectual en el mundo hispánico". En él se somete a revisión y se justifica la polémica que hace unos años sostuvieron varios intelectuales españoles y el propio Mead sobre la resbaladiza cuestión de si había o no vida intelectual en la España posterior a 1939, debate hoy superado gracias a que las precisiones dadas por los mismos polemistas impiden ya interpretaciones extremas.

El segundo eje temático se advierte en los tres artículos siguientes, dedicados a González Prada. El primero de ellos contiene un juicio un tanto enumerativo sobre su formación, su actitud ideológica y su teoría estética; el segundo estudia su apreciación negativa y unilateral de la tradición española; y el tercero (en que echamos de menos una valoración interpretativa y más personal) presenta un panorama de su obra poética, o, más, bien, una descripción de temas y de innovaciones métricas. Los dos artículos que siguen, "El ambiente literario mexicano en 1956" y "Literatura argentina de hoy", muestran un conocimiento lúcido de las